

Crítica
Bibliographica

Revista Crítica de Reseñas de Libros Científicos y Académicos

COORDINACIÓN
Olga Gugliotta

EDICIÓN
www.academiaeditorial.com

ISSN
1885-6926



LIBRO RESEÑADO

Jesús G. MAESTRO,

Crítica de los géneros literarios en el Quijote.
Idea y concepto de «género» en la investigación literaria,
Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2009, 544 pp.
ISBN 978-84-96915-41-1

AUTOR DE LA RESEÑA

Jesús MAIRE BOBES
Madrid

FECHA

29 mayo 2009

Crítica

Bibliográfica

Revista Crítica
de Reseñas
de Libros
Científicos y Académicos

&



En un opúsculo publicado en 2006, cuyo título guarda resonancias clásicas (*La Academia contra Babel*), Jesús G. Maestro, profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Vigo, expuso aquellos postulados del Materialismo Filosófico que sirven para implantar una interpretación literaria que sea académica, racionalista y científica. En tanto que Teoría de la Literatura, el Materialismo Filosófico es una construcción (una Crítica de la Literatura) en virtud de la cual un hecho literario se integra en un todo (un contexto definido) dentro del cual evolucionan nuevas referencias a otros hechos literarios.

A *La Academia contra Babel* siguieron seis tratados hasta completar la obra *Crítica de la Razón Literaria*. En el volumen presente, el séptimo de la serie, Maestro explica la idea de “género” en la investigación literaria; analiza paradigmas, facultades y otros rasgos del *Quijote*; muestra el estado de la teoría y la crítica de la literatura en Europa y ofrece una amplia y detallada bibliografía. En la primera parte del libro, el autor

sigue la tesis de Gustavo Bueno (expuesta en *Teoría del cierre categorial*) y la adapta a la interpretación de la literatura. Una obra literaria (una “totalidad”) puede ser examinada según se consideren los modos de estructuración, los procedimientos de construcción, la función de las distintas partes y las relaciones entre género y especie. El Materialismo Filosófico, aplicado a la teoría de la literatura, analiza la teoría de los todos y las partes dentro de un espacio gnoseológico, ya que la reflexión sobre cualquier ciencia es una tarea crítica y dialéctica.

A lo largo de tres ejes (sintáctico, semántico y pragmático) se efectúa dicha labor. El primero de estos ejes está constituido por términos, relaciones y operaciones. Los términos señalan los conceptos de “todo” y “parte”; las relaciones se dan entre éstos; las operaciones pueden corresponder al autor o remitir al intérprete de la obra. El eje semántico está formado por los postulados de corporeidad, multiplicidad y recursividad. El primero de ellos, por ejemplo, manifiesta que podemos examinar aisladamente un verso, pero no separarlo del poema; el de multiplicidad permite identificar una totalidad y sus partes dentro de un campo referencial (en una novela, hay partes esenciales: narrador, personajes, espacio...); el de recursividad faculta para identificar una totalidad y sus partes como un referente conceptual: un romance es una totalidad diferente de una comedia, pero es semejante a otro romance. El eje pragmático permite examinar los géneros literarios según distintos criterios. Algunos críticos consideran pertinente construir una teoría de los géneros literarios de un modo subjetivo; otros estiman que la teoría puede definirse por un grupo de artistas a los que vincula una tendencia estética o ideológica. Este último criterio, propio del posmodernismo, trae consigo la aparición de una literatura feminista, caribeña, fronteriza, etc. Es evidente, según explica Maestro de modo concluyente, que una teoría de los géneros literarios ha de ser canónica, es decir, ha de tener fundamentos normativos, no subjetivos.

El autor examina la teoría de los géneros literarios según el enfoque de Porfirio (ca. 232-304), quien juzgaba que las cualidades atribuidas a los objetos pueden clasificarse como una relación de género/especie; es decir, los conceptos se subordinan partiendo de los más generales a los más simples o viceversa. Su teoría es el origen de las modernas clasificaciones taxonómicas (por ejemplo: sustancia-cuerpo-viviente-animal-hombre). Esta exposición de los modelos más relevantes (Platón, Aristóteles, Pinciano, Cascales...) obedece al objetivo de rebatirlos posteriormente a partir de los postulados del Materialismo Filosófico, teoría que examina los géneros literarios desde la dialéctica entre género, especie y obra literaria. A Porfirio,

discípulo de Plotino (205-270), le debemos, entre otras cosas, la publicación de las obras y de la biografía de su preceptor, quien consideraba la totalidad como un conjunto regido por la ley metafísica de la unidad. Sólo es ciencia la totalidad del pensamiento sobre la totalidad pensada. Porque sólo la totalidad es la verdadera realidad. La consecuencia es obvia: la parte, para ser algo verdadero, no puede considerarse aislada, sino dentro de la totalidad. El todo de la filosofía constituye, por tanto, verdaderamente una ciencia.

Maestro excluye el método porfiriano y se decanta por el de las “esencias plotinianas”. Una parte fundamental de su libro está compuesta por una exposición de la poética de los géneros literarios desde los presupuestos del Materialismo Filosófico, ya como Teoría de la Literatura (ocupándose de los materiales literarios en términos conceptuales), ya como Crítica de la Literatura (en términos críticos y filosóficos). Maestro establece nueve predicados gnoseológicos: *canon* (componentes determinantes de una obra literaria; por ejemplo, el narrador en la novela), *atributo* (cualidades específicas que definen el género: espacio, personajes, tiempo, etc...), *potencia* (constituyentes que singularizan una obra dentro de su especie: el *Quijote* rebasa la especie “libros de caballerías”), *paradigma* (conceptos ofrecidos en la especie que definen el género de modo tajante: novela picaresca, de aventuras, etc.), *facultad* (segmentos integrantes dados en la especie que pueden resultar subversivos: el soneto *Lo fatal*, de Rubén Darío, altera el modelo clásico del soneto), *propiedad* (cualidades que singularizan una obra dentro de su especie: en *Numancia*, Cervantes, rompe con el decoro de la tragedia clásica y entrega el protagonismo a los plebeyos), *prototipo* (partes categóricas que resultan reproducidas en otras obras literarias: don Juan Tenorio), *característica* (elementos integrantes de una obra, cuyos géneros y especies trascienden épocas y dominios culturales: el bufón, el gracioso...) y *accidente* (componentes distintivos de una obra que se reproducen en otra: la metáfora).

Para mostrar la teoría expuesta, el autor aplica al *Quijote* la tercera parte de su estudio (*Crítica de los géneros literarios*), donde examina los nueve predicados citados. En la novela cervantina, el concepto de canon parece un gran laberinto, por cuanto nos hallamos ante una serie de seres enunciativos básicos: Cervantes (exterior al relato), el narrador propiamente dicho y entes ficticios (Cide Hamete Benengeli, el morisco aljamiado, los académicos de Argamasilla...). A pesar de su complejidad, todos se analizan de modo pormenorizado. Los atributos son componentes como los personajes, las acciones o el diálogo (los “términos”). Se examinan con detenimiento las figuras de Grisóstomo y de

Marcela, que representan casos de egolatría y de falsa personalidad libertaria. Cervantes se sirve de ambos personajes para desmitificar la novela pastoril.

La potencia es un rasgo distintivo de una obra literaria que se da en función del género literario al que pertenece; es el caso, por ejemplo, de la parodia en el *Quijote*. Así, Pero Pérez, el licenciado por Sigüenza, es ridiculizado en la novela: “So capa de inocente parodia, subyace una dura burla a un miembro del estamento eclesiástico, un cura al que, por otra parte, nunca se le ve ni diciendo misa ni ocupado en ninguna otra labor de hombre de Iglesia” (pág. 229). La parodia supuso en el *Quijote* más que una chanza normal, ya que se trata de una burla crítica del mundo real frente a un mundo ideal, heroico y anticuado. En la novela cervantina, las figuras paradigmáticas son las novelas de caballerías, las de aventuras, pastoriles, moriscas, sentimentales, picarescas, epistolares, fantásticas y autobiográficas. Ahora bien, lo que hace el gran novelista es emplear el paradigma (la novela pastoril, la de caballerías) para subvertirlo y ofrecer “una visión heterodoxa precisamente del género del que proceden” (pág. 232).

A continuación, se organiza la interpretación de las facultades en tres grupos (narración, teatro y poesía). Cobran especial relieve los análisis del discurso en la Edad de Oro y el retablo de Maese Pedro: “El discurso de don Quijote no sólo es mítico y límbico. Es, ante todo, nostálgico. En él se expresa y se contiene lo que identificamos con la *nostalgia de la barbarie*, esto es, la añoranza de un mundo sin Justicia y sin Estado, sin conocimiento científico, sin dialécticas entre el precio de la guerra y el coste de la paz, sin voluntad de trabajo y sin exigencias humanas, sin creencias y sin vida pasional, es decir, un mundo sin civilizar en ni una sola de las pretensiones y condiciones humanas más esenciales” (pág. 273). El ensayista considera este episodio a la luz de la teoría del distanciamiento de Brecht y admite que las secuencias teatrales de la novela cervantina se adecuan en muchas ocasiones a las formas épicas del escritor de Augsburgo.

En las propiedades, el autor considera la idea de la locura, rasgo fundamental de la novela cervantina. Cervantes usó dicha idea de modo lúdico y sutil, porque sabía que el Santo Oficio de la Inquisición no permitiría que una persona cuerda apalease a clérigos o ridiculizase a eclesiásticos. Sólo un loco se atrevería a hacerlo... y eso se podía consentir. En verdad, la locura ofrece vía libre al protagonista para susstraerse a las normas y liberarse de responsabilidades: “Cervantes supo elegir para su personaje la mejor de las dolencias posibles, aquella contra la cual, por no haber antídoto factible, no hay tampoco pena capital

definida. Vivir sin juicio es casi como vivir en la inocencia, pero sin ser inocente” (pág. 332). El prototipo más importante es el protagonista, al que acompaña su escudero; figuras cervantinas que originaron muchas imitaciones; entre éstas, destaca especialmente la continuación de Avellaneda. El ensayista profundiza en las relaciones gnoseológicas que se establecen entre la novela cervantina y la de Avellaneda, determinada por la “endogamia” y la “dialéctica”.

Maestro divide las características específicas del *Quijote* en tres grupos: el elemento social (villanos, nobles...), el religioso (el numen, la mitología y la teología) y el político (imperios, minorías sociales...). Apunto la siguiente reflexión, entre otras razones porque no suele abundar en estos pagos celtibéricos: “Cervantes concibe la religión, todas las religiones, como una expresión de cinismo e hipocresía, cuya única realidad ontológica no es un dios, una creencia o una fe, sino una institución económica, política y social. Cervantes sabe que la Iglesia no es más que una institución humana, y que nada divino hay en ella. A los teólogos de Trento, como a los teólogos de cualquier época y lugar, Dios les importa un bledo. Lo que les importa es el uso de la Idea de Dios para imponer institucionalmente un sistema político normativo capaz de controlar a los demás. Es decir, capaz de imponer y de justificar su propia idea de libertad” (pág. 385).

En cuanto a los accidentes, se analizan distintas formas de la materia cómica: la parodia, el chiste, la ridiculez, el escarnio y otras: “la parodia del *Quijote* es ontológica, no libresca. El acusativo de esta parodia no es un ideal retórico y utópico, sino las normas teológicas y políticas de un mundo real y efectivo, terrenal y humano. Y por ello mismo muy imperfecto. La “locura” de don Quijote es más expresiva que su cordura. Dicho de otro modo: el uso patológico que hace Alonso Quijano de la razón humana pone al descubierto los errores, las injusticias y las deficiencias características de la Edad Moderna. Eso es lo que se parodia críticamente en el *Quijote*, la axiología de la Edad Moderna, sus valores y sus normas” (pág. 463).

Es loable el objetivo de combatir el discurso irracionalista y confuso que domina en la actualidad el campo de los estudios literarios y el rechazo de las interpretaciones endogámicas que, lejos de buscar el conocimiento, intentan conservar sus privilegios académicos y universitarios. Curiosamente, dichas interpretaciones disponen de un verdadero arsenal de medios para divulgar sus caducas y superficiales ideas. Al final de su libro, el autor afirma: “Sólo cuando la Teoría de la Literatura deje de hacer un uso retórico y ramplón de la Filosofía, y comience a servirse del saber crítico que ésta le proporciona de un

modo racional y efectivo, estará en condiciones de proporcionarnos un conocimiento científico, conceptual y lógico de los materiales y géneros literarios. Entretanto, seguirá siendo lo que lleva siendo desde hace décadas: ludopatía ideológica y sofística definitoria de gremios académicos y sociales, cuya “identidad” trata de preservarse” (pág. 489). El caso que Maestro relata (un artículo que fue solicitado y posteriormente rechazado por el comité de redacción de una revista) es ilustrativo de la problemática actual de los estudios literarios y expone la necesidad de que las universidades fomenten la libertad de investigación y publiquen trabajos que se basen no tanto en el servilismo como en el mérito, aunque sean diferentes de la perspectiva tradicional.

En fin, el texto reseñado supone todo un alegato contra el discurso posmoderno, el cual “predica el descrédito de la razón desde todos los medios posibles: la cuestiona desde el fideísmo, desde la intuición, desde la sospecha, desde la religión y desde el laicismo, desde el *males-tar de la cultura* y desde la *sociedad del bienestar*, desde la psicología individual y gremial, desde la superchería étnica y desde los derechos feudalizantes e insolidarios de tales y cuales grupos que se autoproclaman minoritarios a la hora de ejercer mayores fuerzas que otros” (pág. 515). En definitiva, nos encontramos ante un libro lúcido y valiente, porque su autor no se arredra ante los santones del discurso tradicional; sólido y docto, que se manifiesta en un claro conocimiento de la materia, la inclusión de centenares de citas, sólidamente fundamentadas, y en una extensa bibliografía; brillante, porque está bien escrito; novedoso, pues abre refrescantes rutas en la filología. Sin duda, Jesús G. Maestro forma parte de esa amplia nómina de jóvenes investigadores que están renovando y enriqueciendo con sus aportaciones los estudios hispánicos. Buena falta hace.